





Cristianismo bizantino

CONTEMPORÁNEOS | **B**erenice



Hugo Ball

Cristianismo bizantino

(Tres vidas de santos)

Traducción
Fernando González Viñas

Epílogo
Bernd Wacker



Berenice



«Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.»

Título original: *Byzantinisches Christentum. Drei Heiligenleben*

© de la traducción: Fernando González Viñas, 2016
© del epílogo: Bernd Wacker, 2011
© de esta edición, Berenice, 2016
www.editorialberenice.com

Primera edición en Berenice: enero 2016

Director editorial:
David González Romero

Diseño:
Editorial Berenice

Maquetación y corrección:
Deculturas, S. Coop. And.

Impresión y encuadernación:
CPI Black Print

ISBN: 978-84-15441-89-2
Depósito legal: Co.1789/2015
IBIC: HR; AC

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Impreso en España / *Printed in Spain*

CONTENIDO

| | |
|---|-----|
| Esbozo para un prólogo de <i>Cristianismo bizantino</i> | 9 |
| JUAN CLÍMACO | 15 |
| Juan el Asceta | 17 |
| La vida del santo | 25 |
| La escalera del Paraíso | 36 |
| De la obediencia | 41 |
| De la penitencia y de la celda | 49 |
| La resurrección del corazón | 58 |
| El anacoreta | 67 |
| La transfiguración | 77 |
| DIONISIO AREOPAGITA | 87 |
| El contemporáneo de Proclo | 89 |
| El dios original y la escalera del paraíso | 118 |
| La magia gnóstica | 160 |
| El tránsito a la mística cristiana | 189 |
| La jerarquía de Dionisio | 229 |
| SIMEÓN EL ESTILITA | 289 |
| El lenguaje de Dios | 291 |
| El canto de alabanza de los pastores | 295 |
| La vida del Estilita | 299 |

| | |
|-----------------------------|-----|
| Los milagros del santo | 311 |
| Satán y la hora de Dios | 323 |
| La señal de la omnipotencia | 326 |

APÉNDICES

| | |
|----------------------------|-----|
| Antonio el Egipcio | 341 |
| Recensiones | 371 |
| Prólogo de Waldemar Gurian | 381 |
| Epílogo | 387 |

ESBOZO PARA UN PRÓLOGO DE
«CRISTIANISMO BIZANTINO»

Hace aproximadamente cuatro años apareció en Berna mi libro Crítica de la Inteligencia Alemana. Fue mi primer gran intento, surgido de las impresiones y estudios de la preguerra. El libro estaba dedicado a los guías de la revolución moral y se planteaba la tarea de valorar el pasado alemán desde los principios de un bando moderno intelectual.

No era un libro agradable de leer para los alemanes. Era un libro vehemente, incómodo. No admitía compromisos y llamaba a las cosas por su verdadero nombre. Así y todo, fue una de las primeras adhesiones a la República. Mostró que en definitiva el cuartel se había convertido en todopoderoso y el espíritu en una decoración. Se refería enérgicamente a la contradicción de que Alemania se considerara todavía el pueblo de los poetas y pensadores, y sin embargo estaba sometido a una máquina de guerra sin igual en la Historia. Militarismo religioso llamé a la suma de los aspectos en los cuales esta contradicción se había manifestado. Desesperado percibí una confusión en los conceptos morales, que ya apenas distinguían entre interés y entusiasmo, entre convencimiento y conveniencia, entre disciplina soldadesca y asuntos divinos.

Intenté explicarme cómo se había llegado a expandir finalmente aquella opinión como la idea alemana, la esen-

cia alemana, el propio carácter alemán. En realidad, ese carácter era sólo la expresión de un idealismo caído bajo la autoridad de los intereses militares e industriales. Busqué desentrañar histórica y psicológicamente dicho conjunto de cuestiones, es decir el tradicional problema alemán. Sin intimidarme por los tópicos de una confusa revolución, me centré en los hechos efectivos, en los poderes «reales», especialmente interesado en separar nítidamente los intereses de las clases y las castas.

Pero aquí —lo admito sin rubor— fracasó mi visión y también mis fuerzas. No logré ofrecer de modo reconocible y claro un nuevo ideal. La tendencia destructiva sobresalió. Que mi convencimiento requería de una exhaustiva limpieza de conceptos, quedó claramente demostrado. En este punto me afianzaron las últimas corrientes de la filosofía alemana y de la escuela radical-socialista por las que había transitado. (No me había olvidado de ninguna posible objeción contra la cuestionable concepción de nuestros objetivos nacionales. Estaba dispuesto a aportar algunas nuevas a los reparos extranjeros.) Mi opinión era que sólo la imprescindible autocrítica, la más inequívoca franqueza, pondría remedio y podría conducir hacia un resurgimiento. Pero el camino que habría de utilizarse, permaneció ignoto. El aspecto positivo de mi trabajo se quedó en un segundo plano ante el negativo.

[2]

Si hoy ofrezco bajo el título “Cristianismo bizantino” una adición a mi primer libro, es porque creo que le debo una explicación a los pocos amigos de mi primer intento. Entre ambos libros hay cuatro años de un trabajo incansable, sobre todo, en mi propia persona. El tema, el espíritu alemán, la moral alemana, sigue siendo el mismo. Pero la gesta de los rebeldes ha desaparecido. Las cuestiones políticas (materiales) se han eliminado. Una embriagadora teología, una doctrina divina, en la que busco reunir y fundamentar todas las obras superiores, es lo que aparece de modo efusivo. Aparece expresada de forma ortodoxa, en forma autoritaria. Sentiría mucho si la interpretación eclesiástica de las cuestiones tratadas apareciese subestimada o dañada, ni tan siquiera mínimamente. Me esforzaría en enmendar tales carencias a la primera oportunidad.

Si entonces creía en una «Iglesia de la inteligencia», en la que fundamentar toda libertad y santidad de las fuerzas de la vida, hoy día sigo pensando igual. Pero ya no veo a esa Iglesia fuera de las normas y las leyes que representan la ancestral tradición de fe de los pueblos. Ya no la veo fuera de la gran tradición eclesiástica, a la que se remite nuestra más noble posesión y mejores bienes, la unidad de la educación, la unidad de Europa, la unidad de la moral.

Si en mi primer libro mostré la discrepancia a la que había sido llevado especialmente el trabajo de educación alemán durante la Reforma y el posterior Clasicismo, entonces me debería estar permitida la idea de volver a mirar las enseñanzas de una época en la que se habían logrado grandes resultados en el equilibrio entre ideales cristianos

y helénicos. Ese tiempo fue el de los grandes Padres de la Iglesia cristianos, del cristianismo primigenio y de la Iglesia bizantina temprana.

Si en mi primer intento había tropezado con un determinado salvajismo, con una rigidez histórica del carácter alemán, con aquella típica rebeldía que se manifestó en los levantamientos de Sajonia de la época del emperador Carlos así como en la Reforma y después en la guerra de 1914, ahora creo entender que tal ímpetu, en el que en el fondo descansa el concepto alemán de héroe, sólo podría alcanzar al llamado furor teutonicus con el desencadenamiento de una visión del mundo natural, contemporánea, simbólica. También ésta la encontré en la Iglesia, de modo pronunciado y muy presente. Es para mí una gran alegría poder afirmar que fueron precisamente resultados de la nueva investigación alemana sobre los misterios los que me mostraron un cristianismo primigenio ante el cual toda rebelión evangélica de los Reformadores aparece como una construcción histórica arbitraria. A los trabajos de los profesores alemanes Dietrich, Holl, Reitzenstein, y Norden le debo las principales conclusiones.

Al concepto de héroe pagano de una ancestral antigüedad renacido en Alemania le opongo muy conscientemente una doctrina de los santos, cuyo heroísmo, espero, es superior al heroísmo natural y puede ser reconocido también como superior. Ese heroísmo le sirve a la moral, al espíritu, a las cosas divinas.

De este modo, a la joven república alemana le ofrezco a través de las figuras de tres santos un análisis de cuestiones religiosas, espirituales y morales, que en ningún caso proceden de prejuicios eclesiásticos, sino que surgen del libre

reconocimiento de la necesidad, de una convicción adquirida por victimismo personal. En las típicas figuras de un monje, un sacerdote y un ángel establezco los tres escalones de la exaltación moral y espiritual, una jerarquía, como medida de juicio espirit...¹

Hugo Ball

1 Aquí se interrumpe el prólogo.